

Chile en el camino hacia la Paz y el Desarrollo

por **Patricio Aylwin Azócar**

*Conferencia pronunciada
el 10 de octubre de 1994*

Forum Deusto

Chile en el camino hacia la Paz y el Desarrollo

por D. Patricio Aylwin Azócar*

Cuando recibí en Santiago la invitación para reunirme con ustedes esta tarde en el Forum Deusto, no dudé en aceptar. Sentí entonces, y con cuanta mayor razón siento ahora, que nos unen cercanías muy profundas, que se arraigan en una tradición secular y que crecen en una visión compartida sobre los desafíos del futuro.

No tendré que recordar antes ustedes que todo chileno se siente en buena medida en su casa aquí en el País Vasco. No tendré que recordar aquella frase, tan repetida —por lo menos en mi patria—, cuya autoría —inventada o verdadera— todos conocen, según la cual la República de Chile y la Orden Jesuita son dos grandes creaciones vuestras. Hubo vascos entre los hombres que llegaron con don Pedro de Valdivia a Chile, pero fue principalmente en el siglo XVIII cuando el pueblo vasco en particular dejó su impronta en nosotros. Los historiadores señalan que casi la mitad de los 24.000 inmigrantes españoles que llegaron a Chile en ese siglo fueron vascos. Y fueron ellos, primero en el comercio, luego en la agricultura y más tarde en la administración, quienes confor-

* D. Patricio Aylwin Azócar nació en Viña del Mar, Chile, en 1918. En 1943 se licenció en Ciencias Jurídicas, Políticas y Sociales por la Universidad de Chile y recibió su título de Abogado. De 1946 a 1948 fue Profesor interino de Derecho Administrativo en la Universidad de Chile, y desde este año hasta 1965 ostentó la Cátedra de Derecho Administrativo en la misma Universidad. De 1951 al 52 fue Presidente de la Falange Nacional, y de 1958 al 59 Presidente de la Democracia Cristiana, siendo reelegido de nuevo en 1965, 1966, 1973 y 1987. De 1971 a 1972 fue Presidente del Senado y de 1973 a 1981 fue Senador de la República, pero el golpe de Estado del General Pinochet le dejó sin concluir su mandato. En 1989 fue elegido Presidente de la República de Chile. Desde 1994 es Presidente de la Corporación Justicia y Democracia. Aylwin es Doctor Honoris Causa por la Universidad de Rosario (Argentina) y por la de Notre Dame (USA). Ha escrito varios libros y ha colaborado con numerosos artículos en diversas publicaciones.

maron la élite criolla que condujo la Independencia. Fueron descendientes vascos quienes finalmente construyeron la República. Les doy una sola cifra: más de un tercio de los miembros del poder Ejecutivo y Legislativo entre 1810 y 1950 son de ascendencia vasca y siete de los Presidentes de la República de este siglo también lo son. Tendrían que decir ocho, porque esa estadística, un poco atrasada... no me considera a mí. Por el lado de mi madre desciendo de un compañero de Valdivia natural de Azcoitia. Yo también tengo algo de vasco y dicen que se me nota.

Es corriente entre nosotros señalar que heredamos de ustedes un espíritu laborioso, una férrea sobriedad y un sabio sentido común. Que heredamos también la tozudez. En buena hora. Tozudos, en efecto, en el amor y en la defensa de la libertad.

Aquello que tan fuertemente nos unió en el pasado, no es historia muerta. Es una tradición viva. Así comprendo yo esta invitación y así la agradezco con mucha sinceridad.

Gracias por la oportunidad de visitar esta tierra tan nuestra y gracias por poder compartir con ustedes nuestra visión sobre los desafíos que nos impone el camino hacia la paz y el desarrollo.

El valor de Forum Deusto

Agradezco y celebro la iniciativa de la Universidad de Deusto de organizar este Foro junto con el Gobierno Vasco. Responde al sentido más profundo que tiene la universidad en nuestra tradición cristiana occidental: lugar de encuentro del saber, donde el conocimiento no es un fin en sí mismo, sino un medio para humanizar la Humanidad, una forma de «enseñar a los ciudadanos a saber vivir», según las sabias palabras de vuestro ilustre Gran Canciller y Superior de la Compañía de Jesús, R.P. Peter Hans Kolvenbach S.J.

Comparto muy sinceramente la preocupación por la encrucijada que vive la universidad contemporánea entre la necesaria especialización de las ciencias y el desarrollo autónomo de sus propios métodos, sin el cual el conocimiento se estancaría corroído por el prejuicio, y la necesidad ineludible de reunir el conocimiento en una síntesis significativa para iluminar el tiempo que vivimos.

Aunque mi experiencia vital ha sido fundamentalmente la de un político y un «hombre de derecho», fui también un hombre de las aulas, y quien alguna vez lo ha sido, no pierde en su espíritu la calidad de tal. Por ello, en mi vida pública he sido particularmente sensible a la ne-

cesidad de este encuentro y consciente del profundo riesgo que significa desligar la política de las ideas, porque termina desligándose de los valores. No es del caso extenderme en este tema, pero quiero dejar testimonio de que quizás sea éste uno de los problemas más inquietantes de la política contemporánea, donde puede estar incubando un serio obstáculo para el desarrollo y la paz.

Por todo lo dicho, me siento particularmente interpretado por vuestra iniciativa, por el sentido del Foro y por la misión de la Universidad de Deusto.

La autocrítica desde el Sur

El tema central que han escogido para este ciclo de conferencias y el marco analítico propuesto: «Una visión autocrítica desde el Sur», revela una aguda comprensión sobre los desafíos y los cambios que vive América Latina.

En efecto, vuestra iniciativa recoge y en cierto sentido sintetiza lo que a mi juicio es la tendencia de cambio más subterránea del continente, que es asumir nuestra propia responsabilidad frente al presente, rechazando la actitud fatalista del derrotado, para quien la causa de los males está siempre fuera, tan fuera de sí mismo, que el cambio propio sólo puede ser fruto del cambio ajeno.

Por cierto que los problemas que ha tenido América Latina para incorporarse al desarrollo no han dependido sólo de razones internas, sino también de las condiciones internacionales. Nadie podría negar que era difícil para nuestro continente incorporarse a la Revolución Industrial desde una economía fundamentalmente agraria e incorporarse a la revolución democrática desde una estructura social que todavía tenía rasgos señoriales. Pero ello no justifica, sin embargo, que dentro de la tradición intelectual latinoamericana y de los intelectuales extranjeros que teorizaron sobre nosotros, haya existido un fuerte sesgo hacia interpretar su retraso como consecuencia de la superioridad de otros. Una breve revisión a las principales corrientes ideológicas de nuestra historia así lo refleja. El liberalismo republicano del siglo XIX culpó a la tradición colonial española de nuestras dificultades para acceder a lo que entonces se llamaba la «civilización». Si no teníamos industria, era porque la economía española lo había impedido; si no teníamos ciencias, era porque España nos había mantenido en el oscurantismo; si no teníamos democracia, era porque nuestro pueblo había sido sometido a siglos de ignominia. Esto que hoy nos parece casi irrisorio, permane-

ció sin embargo en muchas corrientes de pensamiento con categorías y causas aparentemente más sofisticadas. Se le llamó neo-colonialismo, imperialismo, dependencia, etc.

No pretendo negar que nuestra inserción internacional haya sido muchas veces desventajosa. Pero si hay una razón por la cual la teoría de la dependencia, tan en boga por al menos dos décadas, entró en su profundo silencio conceptual, fue porque suponía actores internos radicalmente pasivos. Este sesgo a nivel ideológico y conceptual tuvo un correlato cultural de muy compleja evaluación. Serán los científicos sociales, los antropólogos, los historiadores, quienes lo expliquen con rigor, pero sin duda América Latina, cuya historia no había sido estática y tenía logros no despreciables a su haber, cuya historia era más compleja y rica que la caricatura que de ella se hacía, padecía de un cierto derrotismo, como si estuviera escrito en su destino que siempre llegaría tarde a las metas que se proponía.

Vaya aquí, entonces, mi primera autocrítica desde el Sur. Efectivamente, nos ha faltado espíritu crítico con nosotros mismos. También nosotros somos responsables del subdesarrollo. Lo fuimos antes y lo somos hoy. Pero vaya también aquí mi primera declaración de esperanza desde el Sur; en la última década lo hemos comenzado a comprender como nunca antes en el pasado. El ánimo de América Latina está cambiando y quisiera demostrarlo a partir de la experiencia que mejor conozco: el caso de Chile.

Chile

Chile es un país con una «loca geografía», que reúne el desierto más seco del mundo en el norte con los hielos eternos del sur. Su territorio es tan largo que equivale a la distancia entre Madrid y Moscú y tan angosto que su ancho máximo apenas llega a los 350 km. Es una espada bordeada por el Océano Pacífico y la Cordillera de Los Andes, dos fronteras tan poderosas que se nos ha caracterizado como isleños. Su población es pequeña —menos de catorce millones de habitantes— y muy joven —el 48 % tiene menos de 25 años—. Pero no morimos jóvenes: la expectativa de vida es de 72 años. El 95 % de la población mayor de 10 años es analfabeta. Esta curiosa geografía no ha conspirado, sin embargo, contra nuestra unidad territorial ni cultural. Somos un país considerablemente homogéneo en cuanto a raza, lengua, religión y aún costumbres. La naturaleza ha determinado en gran parte nuestra economía. Históricamente hemos sido un país agrario y minero. Importantes exportadores de minerales, principalmente de cobre, hoy somos también exportadores de recursos forestales, pesqueros y frutícolas.

Realidad política

Si antes señalaba que Chile tiene una loca geografía, en muchos sentidos su historia ha sido bastante cuerda. Desde que se independizó de España, su principal característica fue la construcción de un sistema político e institucional democrático que gozó de gran estabilidad, quebrado sólo en dos ocasiones antes de la dolorosa ruptura de 1973.

A lo largo del siglo xx el país hizo un serio esfuerzo por incorporar la democracia social a la democracia política. Sin embargo, nuestro desarrollo económico fue incapaz de satisfacer las aspiraciones y demandas de los nuevos grupos sociales: la clase obrera organizada y luego, los sectores marginales urbanos y campesinos. El sistema político chileno fue flexible para enfrentar las presiones sociales sin quebrar la democracia; pero hacia mediados de la década de 1960, al igual que en el resto del mundo, la política se hizo dramáticamente ideológica e inflexible. Se enfrentaron tres proyectos de sociedad, de derecha, de centro y de izquierda, ninguno de ellos mayoritarios, que se planteaban como excluyentes entre sí.

La conjunción de un desarrollo económico insuficiente, fuertes demandas sociales organizadas y movilizadas junto a un sistema político sectario e inflexible, terminaron por romper la democracia chilena y desembocar en un régimen militar autoritario muy largo y muy doloroso para el país.

El régimen militar fue drásticamente autoritario en lo político. Se produjeron muy serias violaciones a los derechos humanos, a las libertades y a las garantías individuales. Hubo exilio, persecución y muerte. En lo económico, en cambio, ese régimen fue drásticamente liberal. Desmanteló al Estado productor y protector anterior, abrió fuertemente la economía, incentivó las exportaciones, lo que en general fue positivo, pero tuvo un costo social dramático, altas tasas de desempleo y deterioro progresivo de servicios públicos esenciales como la salud, la educación y la vivienda.

El retorno a la democracia en Chile, antes que un fenómeno meramente político, fue un proceso que yo llamaría ético y cultural. En cierto sentido nació del dolor; del dolor ante la persecución y la injusticia, ante la dignidad denegada. La recomposición de la política no habría sido posible sin que esa experiencia tan radical y humana no nos hubiera obligado a cada uno a hacer una autocrítica de nuestra propia responsabilidad en lo ocurrido. De allí nace el acercamiento entre los partidos de centro y de izquierda, que habíamos sido duros adversarios en el período de la Unidad Popular, y surgen nuevas formas de solidaridad

en el mundo social, en los sindicatos, entre los jóvenes, con las iglesias. Fue un largo camino de maduración hasta llegar a una estrategia común que fue la de incorporarnos a la institucionalidad vigente establecida por el régimen militar, y derrocar a la dictadura con sus propias leyes. Así vencimos en el Plebiscito de 1988 que abrió las puertas para ganar las elecciones presidenciales de 1989.

La Concertación de Partidos por la Democracia, coalición que triunfó y sostuvo al gobierno democrático que tuve el honor de presidir, sintonizó muy profundamente con las aspiraciones de la gran mayoría de los chilenos y con las necesidades reales del país. Chile estaba cansado de décadas de confrontaciones, quería y requería unidad para vivir en paz y dignidad y para lograr enfrentar los desafíos económicos y sociales pendientes. Esto hizo posible que nuestra transición estuviera marcada por el sello de la continuidad y del cambio, por la estabilidad y la transformación.

Uno de los problemas más acuciantes que enfrentábamos era lograr la reconciliación nacional, lo cual significaba esclarecer la verdad y, en la medida de lo posible, hacer también justicia respecto a las violaciones a los derechos humanos acaecidas durante la dictadura. No hay política realmente exitosa en esta materia. No se puede reparar la muerte. Todavía en Chile se desconoce el paradero de muchos detenidos desaparecidos. Logramos, sin embargo, esclarecer la verdad y reparar, al menos, el honor y la dignidad de los muertos y de sus deudos y procurar a éstos alguna reparación.

Chile aprendió amargamente la lección, pero la aprendió. Hoy día vivimos en un Estado de derecho donde la democracia, aunque esté lejos de ser perfecta, es una realidad; donde las libertades son plenamente respetadas y donde las fuerzas políticas, más allá de sus legítimas diferencias, han logrado acuerdos sustantivos en torno a los desafíos que nos exige el desarrollo.

Una exitosa transición a la democracia nos permite ahora enfrentar con responsabilidad y entusiasmo los grandes desafíos a que estamos abocados: el crecimiento económico, la superación de la pobreza y la justicia social. Tareas comunes a todas las naciones iberoamericanas, que requieren también un gran esfuerzo común de integración.

Realidad económico-social

Cuando las fuerzas democráticas asumimos el Gobierno en 1990, afrontamos un triple desafío: junto con restablecer la libertad, tenía-

mos que ser eficientes en la tarea del desarrollo económico y, al mismo tiempo, debíamos reparar con prontitud la pobreza y postergación que afectaba a grandes sectores de chilenos.

La política económica implantada por el régimen militar en la década de los 80, si bien tuvo un altísimo costo social, terminó teniendo éxito en cuanto a incentivar el crecimiento. Sus partidarios pensaban que un gobierno democrático sería necesariamente víctima de presiones o tentaciones populistas que conducirían al país a la inflación y al estancamiento. Nosotros deberíamos ser capaces de continuar el crecimiento y, al mismo tiempo, de pagar la deuda social con los más pobres. Eso fue lo que nos propusimos mediante una política económico-social que llamamos de «crecimiento con equidad».

No corresponde exponer aquí los detalles de esa política, que junto con ser rigurosa en mantener los equilibrios macroeconómicos, puso el énfasis en compatibilizar el crecimiento con la justicia social. Una reforma tributaria permitió al Estado disponer de los mayores recursos indispensables para mejorar considerablemente la atención de las necesidades de salud, educación y vivienda de los sectores pobres de la población. Y una reforma de la legislación laboral aseguró a los trabajadores el respeto a sus derechos y mejoró su capacidad sindical de negociación. Al mismo tiempo, tuvimos éxito en implementar acuerdos nacionales entre trabajadores y empresarios sobre política social.

Los frutos de ese esfuerzo están a la vista. En los últimos diez años nuestro PGR ha crecido a un promedio del 6 % anual. La inflación tradicional se ha reducido, en los últimos dos años, alrededor del 12 %; este año se espera el 11 % y confiamos poder seguir bajándola. Las inversiones, tanto nacionales como extranjeras, se han expandido considerablemente llegando en 1993 al 27 % del PGR. Al mismo tiempo, durante el cuatrienio del gobierno que tuve el honor de encabezar, se crearon quinientos mil nuevos puestos de trabajo, la desocupación bajó a menos del 5 % y los salarios subieron más del 15 % real en promedio y los mínimos, cerca del doble. Más de un millón de chilenos salieron de su condición de pobreza y, en general, los pobres son hoy menos pobres que hace cinco años.

Estas cifras, que representan un progreso evidente, no pueden llevarnos al conformismo. Sin duda, la tarea del desarrollo, que exige conciliar el crecimiento económico con la justicia social, sigue pendiente; de ahí la importancia prioritaria que el gobierno de mi sucesor, el Presidente Frei Ruiz-Tagle continúa dándole a la lucha contra la pobreza.

La integración latinoamericana

Chile, por historia y destino, pertenece a América Latina y participa en la construcción de su porvenir. Un continente que por primera vez, en muchas décadas, vive en democracia y se esfuerza por resolver la grave crisis que recibió de herencia de un pasado de dictaduras y populismos.

No será quejándonos ni esgrimiendo teorías como nuestros países avanzarán en el camino del desarrollo. La consolidación de nuestras democracias, el estímulo a la iniciativa de nuestros empresarios, la apertura de nuestras economías a una necesaria competencia, la modernización del Estado y de nuestros aparatos productivos, son el camino que cada uno debe asumir con responsabilidad. Pero no es posible en el mundo contemporáneo pensar en esfuerzos autárquicos ni aislados. La tendencia a la integración de nuestras naciones se impone cada día como una realidad necesaria.

Los procesos de integración de los grandes centros dinámicos de la economía mundial, como Europa, Norteamérica y el Sudeste Asiático, nos muestran un camino exitoso en el cual la competitividad pasa por su integración en el plano regional para participar eficazmente en los mercados internacionales. Chile ha sido un gran promotor de la integración regional en forma flexible, realista y ajena a cualquiera retórica.

Es evidente que dicha integración necesita de algo más que una decisión política, requiere de coherencia económica. Por ello hemos pensado que dicho proceso no tiene que ser necesariamente simultáneo en todos los países, sino que debe desarrollarse en etapas sucesivas. Chile es el país latinoamericano que primero abrió su economía y que lo ha hecho más profundamente. Hoy nuestro comercio internacional se reparte entre Europa, Asia y América prácticamente en tercios equivalentes. Pero estamos empeñados en fortalecer nuestra integración regional; tenemos tratados de libre comercio con México, Colombia y Venezuela, acuerdos de complementación económica con Argentina y Bolivia, y ahora negociamos nuevas formas de relación con el Mercosur y nuestra integración al NAFTA.

Cooperación internacional

Si señalé como la primera autocrítica desde el Sur precisamente nuestra falta de autocrítica histórica y haber culpado sólo al mundo de nuestro atraso, creo que el campo de la cooperación es la otra cara de

la medalla de esa misma visión, que se traduce en esperar de la cooperación internacional una ayuda unilateral en que nosotros nos limitamos a recibir.

Chile tiene una particular deuda de gratitud con la cooperación internacional. Sin la ayuda generosa de la comunidad democrática de naciones, nuestra reconstrucción democrática habría sido muy difícil. Ello nos compromete a tal punto que hemos procurado ser activos participantes en todas las iniciativas internacionales que signifiquen una protección a los derechos humanos y a la solidificación de los principios democráticos.

En el nuevo concierto internacional que surge luego del fin de la Guerra Fría, el triunfo progresivo de la libertad política y económica en el mundo, significa plantearse la cooperación en nuevos términos desde la perspectiva de los países subdesarrollados y en vías de desarrollo.

La cooperación asistencialista llegó a su fin. No la pedimos y no la queremos. Por el contrario, si hemos de asumir en plenitud nuestra propia capacidad de ser protagonistas de nuestro destino, sabemos que el crecimiento es un esfuerzo principalmente interno. Pero también sabemos que todo esfuerzo interno resulta insuficiente si no podemos competir libremente y en igualdad de condiciones en el comercio internacional.

La justicia en las relaciones comerciales y la eliminación de las barreras proteccionistas, especialmente de los países del Norte, es hoy el pilar fundamental de la cooperación internacional. Si nuevamente tenemos el caso de Chile, veremos hasta qué punto ello es crucial para su futuro. Es un país exportador con un mercado interno pequeño y que por tanto sólo puede crecer hacia fuera. Porque necesitamos la apertura externa para nuestra sobrevivencia, somos consecuentes en abrir nuestros propios mercados sin reservas y Chile hoy es uno de los países más abiertos del mundo. No le tememos a la competencia. Le tememos, sin embargo, y mucho, a los bloques comerciales cerrados y a las barreras arancelarias y otras formas de discriminación que distintos intereses corporativos siempre querrán establecer. No nos cansaremos de reiterar a los países ricos que el proteccionismo es la perpetuación de la pobreza entre los pobres.

Nuestra inserción en la economía internacional requiere de justicia comercial en lo externo y de aumento de la productividad y del valor agregado de nuestros productos en lo interno. Aquí reside el segundo pilar de la cooperación internacional: el intercambio científico y tecnológi-

co sin el cual seguiremos siendo exportadores de materias primas. Nuestra relación con España ha sido particularmente fructífera al respecto.

La cooperación entre gobiernos, relevante como lo es, está lejos de ser la única. Aparecen formas nuevas e imaginativas de cooperación que recogen el signo de los tiempos, donde los poderes centrales abren paso a los poderes locales y donde los Estados abren espacio a la sociedad civil. Son los grupos, las ciudades, las organizaciones sociales, las que encuentran sus formas específicas de vincularse. Creo que todos, los ricos y los menos ricos, tenemos un deber de solidaridad con los grupos más vulnerables y marginados, con aquellos que requieren de ayuda directa para adquirir herramientas que les permitan superar su condición.

En el caso de América Latina, me atrevo a mencionar tres grupos que deben ser objeto de una particular preocupación de la cooperación internacional; los pueblos indígenas, cada día más arrasados por una modernización que no sólo no respeta el valor de sus culturas, sino que los saca de ella arrojándolos a la pobreza y a la marginación; las comunas rurales que viven un acelerado despoblamiento y penoso atraso, y las poblaciones suburbanas que sufren todos los dramas de las grandes urbes sin ninguno de sus beneficios y sus promesas, incubando así, especialmente entre los jóvenes, un desafecto por un sistema que nada significa para ellos.

Termino estas palabras diciéndoles que he sido testigo directo y comprometido con medio siglo de la historia de mi país y de mi continente; que he vivido con ellos sus desgarros y sus esperanzas, siempre inspirado en mis convicciones humanistas y cristianas y luchando por la libertad y la justicia y que nunca antes había tenido tanta fe en nuestro futuro. Mi esperanza no es retórica. Si algo pareciera claro en el cuadro de incertidumbre que generan los acelerados cambios que se han vivido en el planeta en estos años, es que el mundo del futuro es de aquellos que tienen voluntad, imaginación, talento y creatividad, vengan de donde vengan. El pasado ya no es una condena o una salvación, como aparecía en las últimas décadas. La historia hoy, y particularmente para nosotros, es una oportunidad.

Mi optimismo no es ciego ni menos triunfalista. El mundo es hoy más libre y abre más oportunidades para nuestro continente, pero el mundo no es hoy más justo. Los caminos que emprendemos para lograr la justicia dentro de la libertad no son ni serán los mismo de ayer; para que nos lleven a la anhelada meta necesitamos imaginación y coraje, audacia y realismo, constancia y solidaridad.